



# Historia de una vida

M<sup>a</sup> Carmen Florenciano García

4<sup>o</sup> ESO



M<sup>a</sup> Carmen Florenciano García | 4º de ESO

## Historia de una vida

Los años pasan rapidísimo, lo que es bastante frustrante, ya que muchas veces ni siquiera te da tiempo a disfrutar un poquito de lo bueno que te viene.

Yo, más que nadie, puedo decir que lo sé. Mi vida no ha sido nada interesante; he tenido momentos buenísimos y otros no tanto, en los que he sufrido mucho pero, pese a todo, siempre he sabido sonreír cuando ha hecho falta.

Desde pequeña he sabido aguantar las cosas tal y como han venido, aunque no niego que muchas veces ha sido más duro de lo que me esperaba.

Cuando era una niña todo era más fácil y más simple. Jugaba como todos los niños. Cuando mi hermana Carmen murió, vi cómo mi madre se consumía de tristeza y pensé que yo nunca iba a tener que pasar por un momento como ese en el que un hijo se muera. Luego nació mi hermano Antonio y mi madre estuvo más contenta, al igual que mi padre. Tiempo después vino a vivir con nosotros mi prima Pilar, porque su madre había muerto y su padre no la quería, por lo que mi padre la adoptó como hija suya. Años después nos fuimos a vivir a Alcantarilla y allí me crié y viví los momentos más importantes de mi vida.

Siempre fui la niña de los ojos de mi padre. Tenía pasión por mí y no sabía negarme nada y yo, que lo sabía, me aprovechaba al máximo, aunque a mi madre no le hacía mucha gracia, ya que siempre decía, incluso cuando

era ya mayor, que me malcriaba. Yo no sé si me malcrió, pero sí sé que los recuerdos que me quedaron de mi padre fueron muy buenos, de ratos sentados delante de la radio escuchando los programas que en ese momento ponían y a los que los dos éramos muy aficionados, de juegos de mesa en los que yo siempre ganaba y él se dejaba ganar para que yo no llorase, de muchas chiquilladas que le tapaba a mi madre para que no me castigase; porque, eso sí, mi madre era la que llevaba la batuta y a la que no le temblaba el pulso para reñirme o incluso darme algún azote.

Seguía siendo una niña. Y seguía jugando; eran juegos muy divertidos, como el monique, las fundas o el marro; juegos en los que no dejábamos nunca participar a los niños porque eran unos bestias y siempre que los dejábamos salíamos alguna de nosotras descalabrada. También nos escapábamos a la huerta a comer naranjas, albaricoques y, bueno, cualquier cosa que hubiera en ese momento, porque a mí me encantaba comer fruta. Tam-



bién recuerdo las habas que eran otra de mis debilidades; recién cogidas no podía dejar de comer; eran para mí como las pipas. Cuando llovía salíamos todas a coger caracoles que luego cocinábamos para comerlos todos juntos en la calle, en una gran mesa que sacábamos a la puerta y donde cabía todo el mundo. A mí me gustaban mucho en salsa, pero también me los comía con tomate.

Como no teníamos agua en las casas, nos bañábamos en la boquera, mientras nuestras madres vigilaban que no hubiera por ahí ningún mirón, ya que eran muchos los que intentaban pillar algo.

Nosotras también lavábamos la ropa en esa boquera, porque el agua era muy limpia y fresca y no como vosotros la habéis conocido. Era un momento que a todas las mocitas nos gustaba sobremanera, porque nuestras madres nos mandaban a lavar la ropa y los platos y allí nos juntábamos un montón de niñas hablando de nuestras cosas, sin adultos que nos recriminaran por decir esto o aquello; esos momentos eran muy queridos por nosotras. Yo casi siempre iba con María, la que luego sería mi cuñada. Fueron años muy importantes en mi vida. Incluso yo diría que fueron unos de los más felices que he vivido ya que, gracias a todos esos momentos, conocí a amigas que me duraron toda la vida, como Joaquina y muchas más.

En mi juventud mi vida seguía siendo parecida. Conocí a nuevas amigas y también viví momentos inolvidables. Íbamos a pasear a la calle Mayor y al cine. La calle Mayor era un continuo ir y venir de personas: Nosotras nos vestíamos con nuestras mejores galas y nos poníamos a ver a los chicos que nos gustaban y a dejarnos rondar. Aunque teníamos el problema de que, si a tus padres no les gustaba el chico que te rondaba, ya no podías verlo más y eso era lo peor, sobre todo cuando eres una joven enamoradiza y tus padres no te dejan porque no les gusta el muchacho, aunque no era por él mismo, claro. Había que saber de qué familia era, si había mala gente en ella, si eran conflictivos, etc.

María y mi hermano se ennoviaron muy jóvenes. Yo siempre iba con ellos de escopeta, porque era lo que se acostumbraba y a mí me gustaba estar con ellos porque me llevaba muy bien con los dos. También empecé a trabajar para poder aportar dinero para mi ajuar, que en esa época era algo muy importante y muy caro, ya que entonces había muy poco dinero. Yo tuve mucha suerte porque María era bordadora y de las mejores de nuestra época; tenía muchos encargos y ella me bordó muchas cosas y me enseñó a hacerlo, para que pudiese bordarme yo algunas otras prendas.

Para que te hagas una idea de cómo se vivía, los zapatos eran un lujo. Todo el mundo llevaba alpargatas de esas de esparto y los zapatos se los compraban como un lujo los que se los podían permitir; yo los tenía, pero me los compraban uno o dos números más grandes y, si eran blancos en verano, en invierno eran negros porque los tintábamos. Por otra parte, si te hacías una camisa de manga larga, cuando llegaba el verano le cortabas las mangas y así tenías una camisa de manga corta.

Yo nunca pasé falta de nada necesario como mucha gente de mi época, porque mi padre trabajaba como representante y en mi casa no faltaba nunca de nada. Bueno, después trabajé con Joaquina en la fábrica de Cascales, como cualquier hija de vecino de mi época y cuando salía de la fábrica me ponía a coser, a bordar y todas esas cosas que hacíamos las zagalas de mi generación. Esto lo hacíamos en verano en la calle, tomando el fresco y hablando de nuestras cosas. En invierno cosíamos en mi casa, que siempre estaba muy concurrida porque mi madre era una mujer muy respetada por su arte con la aguja de ganchillo y que hacía primores con el hilo de coser. A mí me hizo vueltas de sábana de ganchillo y cubiertas para mi ajuar.

En mi casa salíamos de vacaciones cada verano. Mi padre, que por su trabajo pasaba mucho por la zona de Mula, cada año alquilaba una casa en los baños y allí nos íbamos la familia completa, mis padres, mi hermano, mi prima y yo. Pronto se nos unió mi cuñada y amiga María. Y qué contar de

esos días...; pues que eran maravillosos para mí, que aprendí a amar el campo y los paseos que por allí nos dábamos todos juntos. Como mi padre conocía a tanta gente por su trabajo, principalmente gente de la hostelería del momento, los días allí eran muy movidos. Cuando no había una visita había otra y así conocí a mucha gente de la que guardo muy buenos recuerdos.

Bueno, así transcurrió parte de mi niñez y adolescencia, que fue una buena época de la que conservo muy buena memoria y que ahora a veces añoro, a sabiendas de lo que luego sería mi vida.

Me costó mucho decidirme por una persona que me acompañara el resto de vida porque, como me hacía mayor, cada vez era más exigente, pero mis padres siempre lo fueron más que yo. Bueno, después de un tiempo tratando con muchos chicos, llegó el día en el que conocí a Juan, del cual me enamoré y luché por él contra los deseos de mi padre principalmente, porque a él, que tanto me quería y me idolatraba, no parecía gustarle Juan. A pesar de todo, éste empezó a rondarme, como se hacía antes, pasaba por mi calle, y todo eso.

Era un buen hombre que me quería y que tenía un futuro muy prometedor, tanto que, después de tres años de noviazgo –poco tiempo para la época–, decidimos casarnos. Mis años de noviazgo fueron muy felices, aunque para ver a Juan tuviera que levantarme a las seis de la mañana y salir a la calle para rociar la puerta y así poder saludarnos antes de que él se fuera a trabajar; y aunque, por la noche, cuando venía a verme, tuviéramos que estar sentados al lado de mi madre, que no se separaba ni un momento de nosotros. Bien, pues me enamoré de él, ni que decir tiene, porque a mis ojos sólo tenía virtudes que luego se convertirían en defectos; pero yo no lo sabía y siempre lo quise con locura, aunque la razón me dijera que no lo tenía que hacer.

Él era un chico más alto que yo, delgadito y muy guapo. Siempre llevaba las gafas de sol puestas, porque de pequeño tuvo una enfermedad



que le afectó al ojo izquierdo y a consecuencia de ella lo perdió. Nunca me importó; yo lo quería por como era por dentro y no por su exterior; además, con sus gafas nadie diría que le faltaba el ojo, porque era muy guapo y casi un dandy de la época. Muchas chicas intentaron quedarse con él, pero al final me lo llevé yo.

Bueno, no he contado lo bien que nos lo pasábamos en las fiestas de San Roque y en la subida al monte, a donde nos íbamos la noche antes en la carreta de mi padre y que eran días muy entrañables para mí, porque yo soy muy devota de la Virgen de la Fuensanta, nuestra Patrona. Son días que he recordado con gran añoranza por la felicidad del momento. Sí, fueron buenos momentos; al principio iba sola con mi familia y luego, cuando en ella se instaló Juan, con el que luego sería el padre de mis cinco hijos.

El día 7 de septiembre de 1963 me casé con él. En esa época no se llevaba lo del viaje de novios. Después de casarnos y de la celebración, que fue sólo con la familia más cercana, cogimos un taxi y fui a ver mi primera y única obra de teatro en el Romea de Murcia; recuerdo que fue una obra cómica y que no paré de reírme en la hora y media que duró. Así comenzó una nueva etapa de mi vida, en la que me despedí de mi trabajo.

Al año de casada nació mi primer hijo. Le pusimos por nombre Juan, como mi suegro, porque era lo que se hacía entonces. En ese tiempo teníamos a nuestros hijos en casa con ayuda de la comadrona; a mí me asistió en todos los partos Carmita, que era prima de mi cuñada María. El niño nació de siete meses y era tan pequeñito que el médico dijo que no podría sobrevivir, porque entonces no existían las incubadoras. Como mi hijo nació de siete meses, tuvimos que crear nuestra propia incubadora; lo hicimos cogiendo una caja de zapatos y poniendo dentro, al lado del bebé, una botella de cristal de casera llena de agua caliente y rodeada de algodón, para que el bebé mantuviese el calor y pudiese seguir creciendo. Cuando mi hijo tenía cuatro días lo bautizamos para que no muriese morito, es decir, para que

no se quedara en el limbo y llegase al cielo como los ángeles. Pero, gracias a Dios y a mis desvelos, mi hijo no murió. En febrero del 66, casi dos años después de haber tenido a Juan, nació mi segunda hija a la que pusimos por nombre Encarna, como mi suegra. Esta niña nació a los nueve meses y en muy buen estado de salud pero, cuando tenía cuatro meses, en Alcantarilla hubo una epidemia de polio. Mi hija fue una de las afectadas, porque en ese momento no había vacuna. Murió tres semanas después de haber contraído la enfermedad, como muchos otros bebés en aquellos tiempos. Para mí fue un golpe muy duro; era mi niña y no había tenido tiempo de tenerla en mis brazos y poder disfrutarla, Puedo decir que, hasta el último día de mi vida, tuve un gran recuerdo de ella. Pensaba que podía haberla tenido cerca de mí toda la vida y que habría sido una gran hermana para la hija que luego tuve. En aquel momento sentí lo mismo que tuvo que sentir mi madre cuando mi hermana Carmen falleció, siendo todavía un bebé.

En agosto del 67 tuve a mi tercer hijo, un varón al que llamamos Antonio, como mi padre. Fue un niño que pesó 5 kilos -es de lo que más me acuerdo. Era un bebé rollizo, rubio y con el pelo rizado, que parecía un Niño Jesús en el pesebre, de esos que se ven en Navidad.

En agosto del 69, di a luz a mi cuarto retoño, una niña, mi hija Carmen. Estuve a punto de abortar, pero al final mi embarazo llegó a buen término. Es mi única hija viva, ya que Encarna falleció. Nació muy pequeñita y fue muy llorona. Siempre dio problemas a la hora de comer.

En agosto del 71 nació mi quinto y último hijo, otro niño al que llamamos Pedro, porque ya no quedaban abuelos a los que nombrar, así que le pusimos el nombre de mi padrino. También nació pequeñito como su hermana pero, al contrario que ella que era muy rubia y blanca, tenía el pelo negro de su padre y unos grandes ojos azules.

Mi marido tuvo un accidente y nuestra vida empezó a pasar grandes calamidades, hasta el punto de intentar separarme de él cuando mi hijo

pequeño tenía sólo tres añitos; pero, en aquel momento, estaban muy mal vistos los hijos de una mujer separada, y yo seguía queriendo a mi marido. Y, aunque intenté dejarlo y de hecho lo dejé, no fui capaz de seguir más allá.

Siempre vivimos de alquiler, moviéndonos en el mismo barrio, mi barrio, el barrio de San Roque, hasta el día en que falleció mi padre y fuimos a vivir con mi madre, que en ese momento estaba ciega por su diabetes. Me costó muchas lágrimas empinar a mis hijos, intentando que tuviesen lo necesario, aunque muchas noches los tuve que acostar dándoles sopas de café de malta porque, al no tener trabajo mi marido, yo intentaba trabajar y trabajé, pero tenía que llevar a mis hijos conmigo cuando no estaban en el colegio. Cuando mis hijos crecieron, gracias a Dios, el mayor, Juan, salió del colegio con trabajo, con sólo catorce años. Así me ayudó a levantar a los tres que quedaban por detrás. Y qué decir de Antonio que, en cuanto pudo, dejando sus estudios a medias, empezó a trabajar como hacía su hermano mayor. Así, el benjamín de la casa pudo tener una oportunidad.

Mi hija, por mi forma de pensar, no estudió; con sólo diez años cuidaba a niños cuando sus padres salían de noche; terminó sus estudios de Primaria al mismo tiempo que trabajaba, al principio en una panadería –sobre todo en Navidad haciendo dulces–, y en una peluquería, de la que salió a los quince años para ir a trabajar a una casa, cuidando a un bebé de dos meses. Pedro también aportó su granito de arena trabajando en un lavacoches, al que iba los fines de semana.

Todos mis hijos siempre me entregaron todo lo que podían aportar a casa, y confiaron en mi buen juicio para sacar adelante a toda la familia. Se hicieron mayores y el primero en casarse fue Antonio, que lo hizo con Toñi, a la que quiero tanto como a mi propia hija. Las dos son grandes amigas y comparten muchas cosas; ambas tienen sólo hermanos y yo me siento muy feliz por verlas juntas contándose sus cosas. Antonio y Toñi tuvieron dos

hijas, Victoria, mi primera y querida nieta, y Elena, a la que conocí muy poco tiempo, pero seguro que es estupenda como su hermana.

La segunda en casarse fue mi hija Carmen, con Antonio. Ellos tuvieron primero a mi nieta M<sup>a</sup> Carmen, que fue mi segunda nieta. Por el trabajo de su padre pude disfrutar de primera mano de esta nieta porque mi hija, cuando su marido no estaba, pasaba largas temporadas cuidándome y a ella la acompañaba esa chiquilla que era un terremoto y que tanto se parecía a su madre a la hora de intentar darle de comer. Era una gran odisea a la que todos intentábamos aportar nuestro grano de arena. Como estuve cerca de ella, puedo decir que a los siete meses empezó a andar, aunque el médico recomendaba que la obligáramos a estar sentada, pero es que era imposible que se sentase. A los nueve meses me cantaba la canción de moda de ese momento, que era la Macarena; era capaz de cantarla sin equivocarse y entendiéndosele todo. Yo, enfadando a su madre, le enseñé a decir una palabrota, pero en medio de dos bonitas: divina, bombón y capullo. Yo le preguntaba que cómo era y ella me contestaba eso. Y cuando su madre renegaba por enseñarle esas palabras, yo me defendía explicándole que no era un capullo de palabrota, sino un capullo de rosa.

Después, mi Carmen y Antonio tuvieron a su segundo hijo, José Antonio. Fui muy feliz con su nacimiento, porque sólo tenía nietas y éste fue el primer varón de mi familia; lo disfruté poquito, aunque estuvo todo su primer año de vida muy pegado a mí.

El tercero en casarse fue mi hijo Juan, el mayor de mis hijos y lo hizo con Loli, una persona muy especial. Los dos están muy enamorados y unidos. Ellos han tenido dos preciosas hijas; Irene, la mayor, nació casi al mismo tiempo que Elena y que José Antonio, que nació al año siguiente. Mi nieta Irene fue un regalo para mí, como todos mis nietos. Hablo de Paula, la pequeñita de mi familia, a la que no llegué a conocer, pero estoy segura de que sus padres siempre le han hablado de mí.

Mi hijo Pedro es el que siempre me acompañó hasta el final; no se ha casado y siempre ha estado muy pendiente de mí. No sé qué habría hecho si él no me hubiese dado ese amor incondicional, ese buen hacer y esas maneras tan tiernas de cuidarme y quererme.

Ahora sólo puedo decir que me fui de aquí, de este mundo, un domingo. No quieren que diga el día, porque ya había cumplido con todos mis sueños y, sobre todo, el de ver a mis hijos felices con las vidas a las que tenían que enfrentarse junto a personas que los quieren y a las que ellos quieren, con unos nietos que yo sé que me van a recordar como una persona que los quiso y que los querrá siempre, esté donde esté. Todo fueron lágrimas ese día y los que vinieron después, pero yo sé que ellos tienen que seguir adelante pensando en lo mucho que los quiero.

Y, por último, me gustaría mencionar que aquí, junto a mi cuerpo, descansan unos dibujitos que mi nieta M<sup>a</sup> Carmen dibujó para que estuvieran cerca de mí. A sus cuatro años pensaba que yo me iba a curar mirando estos bonitos dibujos, porque a mí me encantaba verla dibujar. Y aquí siguen conmigo... ■

# El abrazo del tiempo

José Miguel Riquelme de Haro

4º ESO



José Miguel Riquelme de Haro | 4º de ESO

## El abrazo del tiempo

**T**odos duermen en el pueblo cuando, de madrugada, empieza a haber movimiento en el número 35 de la calle Concepción. De la casa ha salido Maravillas, la parturienta. Ha de ser ella quien vaya a buscar ayuda pues Ginés, el padre de la criatura, está de viaje por La Mancha. Días antes de salir con el camión, los dos jóvenes hablaban de la posibilidad de que el niño naciera antes de que el padre volviera y por eso lo prepararon todo, incluso el nombre para el recién nacido; se llamaría Miguel si era niño. Maravillas regresa pronto acompañada por Carmen, una vecina que, por su habilidad, suele ayudar en los partos. Las mujeres saben cómo actuar en estos casos; preparan agua caliente y toallas limpias. Todo transcurre sin dificultades y pronto se escucha el llanto del pequeño Miguel. Mientras la madre lo abraza feliz, en la calle se escucha el murmullo de la gente que acaba de salir de la misa primera de ese domingo. Nada más regresar el padre, se celebra el bautizo en la Iglesia Parroquial de Javalí Nuevo, el pueblo que lo vio nacer a él, a sus padres y a los padres de sus padres.

Es un niño afortunado. Nace en una familia que lo cuida y lo mima. Josefa es una madre dulce y responsable, volcada en el cuidado de los suyos; ella misma se encarga de coser la ropa de sus hijos y de tejer sus jerséis; a menudo les cuenta cuentos y les lee libros. Cada cierto tiempo les lleva a la consulta de don Ignacio López, médico de Alcantarilla, para asegurarse de que crecen sanos. Ginés es un padre trabajador que lucha día a día para proporcionar a su familia todo lo necesario; es cariñoso y a veces complace



a Miguel llevándolo con él en el camión. El pequeño siente admiración por él y disfruta con su compañía. Cuando está de viaje, la madre no está sola en la tarea del cuidado de la casa y de los hijos. En casa viven también su madre, Francisca de las Maravillas y dos hermanas solteras de ésta, María de los Ángeles y Salvadora, las cuales poseen las tierras, lo que les permite disfrutar de cierto desahogo económico. Son ellas las que colmarán de mimos a los niños de la casa.

A pesar del clima de agitación, transcurren unos meses de felicidad para el joven matrimonio y sus dos hijos. Pero en julio de ese mismo año, la mayoría del ejército se subleva contra el Gobierno de la República y, antes



de que el pequeño Miguel cumpla los siete meses de vida, da comienzo la Guerra Civil que azotará a la población con sus horrores durante casi tres años, a los que seguirá una larga posguerra en la que se sufrirán las terribles consecuencias de aquélla.

Miguel pasa estos duros años en la misma casa en la que nació. Una hermosa casa en la que también había nacido su madre; la fachada principal da a la calle Concepción y, tras la puerta de entrada, se distribuyen varias estancias amuebladas según la costumbre. Al fondo hay un hermoso patio lleno de vegetación donde Miguel pasa largos ratos de juego. La otra fachada de la casa da a la calle Puente y en ella se encuentran dos enormes puertas que dan acceso a las cuadras y el almacén en el que se guardan herramientas y aperos de labranza que hablan de la gran actividad agraria que antaño ejercía la familia de Maravillas, abuela de Miguel. Ella será quien le acerque a ese mundo; pronto se convertirá en su fiel compañero y de su mano aprenderá a gestionar las tierras familiares.

En casa de Miguel se hace notar la escasez de la posguerra pero, afortunadamente, no se sufre el hambre de esos años. Nunca llegó el día en que les faltara que comer. El padre, por su actividad de transportista, se mueve por todo el territorio; inteligente y decidido, llevará a casa alimentos tan escasos como el aceite, el azúcar, los garbanzos, el tocino o el queso.

Las tierras también producen trigo, cuya producción está controlada por el Servicio Nacional del Trigo, pero la familia obtiene una parte que garantiza sus necesidades. Cultivan habichuelas, patatas y otros productos que no llegan a agotarse de una cosecha a otra. La mayor parte de la población vive en la miseria y depende de los escasos alimentos que les proporcionan las cartillas de racionamiento para sobrevivir. La madre de Miguel suele repartir las raciones de la cartilla y otros alimentos como pan, aceite y patatas. En todas las familias hay niños o ancianos; en algunas el padre ha muerto en la guerra o está la cárcel por motivos políticos. Son muchas

las personas a las que socorrer. Ella inculcará con su ejemplo valores de solidaridad a sus hijos.

A los seis años empieza a ir a la escuela que está situada en la calle San José; siente un gran respeto por su maestro, don José López Palazón. Es una escuela de niños hasta los once años. Va a la escuela equipado con los libros indicados para cada curso: las cartillas para aprender a leer primero, después libros como *Ingenuidades*, *Catón* o las enciclopedias escolares. Durante este tiempo todos los días, de lunes a sábado, empieza la actividad escolar con un *Ave María Purísima* pronunciado por todos los niños de diferentes edades que asisten a las clases. Después tiene que permanecer atento a las explicaciones del maestro y a las pizarras donde pone las tareas: copiado de muestras para los más pequeños, cuentas, problemas y reglas de ortografía para los mayores. A diario hace lecturas individuales y en grupo; memoriza textos que aparecen en los manuales escolares. Cada sábado el maestro les examina de lo aprendido a lo largo de la semana. Cuando se acaban las clases corre calle abajo en dirección a su casa; pronto se hace la hora de comer y la familia se sienta a la mesa, que ofrece platos de cocina tradicional elaborados por su madre o por la tía María.

Por la tarde hay que volver a la escuela, salvo los jueves que no hay clase. Al salir hay tiempo para jugar con los amigos en las calles del barrio y para ir ayudando en casa. Pasa muchas tardes con su abuela; juntos van a la huerta y él aprenderá muy pronto cómo trabajar la tierra. En algunas ocasiones la acompaña a los almacenes donde se compra el abono o todo lo necesario para sembrar la cosecha; también cuando hay que contratar jornaleros.

Cuando nace el menor de sus hermanos, Miguel tiene diez años y es un niño responsable para ayudar a su madre en el cuidado del pequeño. Al cumplir los once años deja la escuela. La abuela Maravillas se hace mayor y necesita ayuda para ocuparse de las tierras; Jesús, el hermano mayor,

acompaña al padre en el camión y a él le gusta la agricultura, de manera que poco a poco se dedica al trabajo de la huerta hasta que llega el momento del servicio militar.

En el año 1955 un suceso marca la vida de la familia: Ginés, su padre, tiene un grave accidente de circulación en Sisantes, provincia de Cuenca. Le trasladan al Sanatorio de San Francisco de Albacete, donde los médicos se plantean amputarle el brazo derecho que quedó destrozado, pero él se niega rotundamente. Al llegar la noticia, Miguel coge en la estación de Alcantarilla el tren que le llevará hasta Albacete. Allí permanecerá con su padre hasta que, al mes y medio, éste es trasladado al Hospital de San Juan de Dios, donde sufre varias operaciones para injertarle hueso de su pierna derecha en el brazo herido; una tras otra todas fracasan. Afortunadamente, en una arriesgada intervención, los médicos le implantan una prótesis metálica y salvan su brazo. Quedan por delante dos años y medio de idas y venidas al hospital. Este accidente es un duro golpe para toda la familia. El padre ya no volverá a conducir y entre todos se organizan para salir adelante. El hermano mayor, Jesús, se hará cargo del camión y Miguel se hace responsable de la explotación de las tierras. Ginés, el menor de los hermanos, apenas tiene nueve años.

Cuando llega el momento de cumplir el servicio militar obligatorio, la presencia de Miguel es muy necesaria para toda la familia y por este motivo solicita hacerlo como soldado voluntario. En el mes de junio de 1956 acude a Valencia para pasar el reconocimiento médico. Tras resultar apto ingresa en la Base Aérea de Alcantarilla el 1 de Septiembre de 1956. El periodo de instrucción dura un mes y medio, tras el cual presta juramento de fidelidad a la bandera el 28 de Octubre de 1956. Después es destinado al Servicio Químico contra Incendios, lo que le permite salir prácticamente a diario y estar en casa a la hora de la comida, tras la que empezará una nueva jornada de trabajo en la agricultura. Se encarga de sembrar, regar y abonar los

productos cultivados a lo largo del año: patatas, cítricos y frutales de hueso. Al vender las diferentes cosechas se obtienen ingresos muy necesarios para la familia.

Después de las jornadas de trabajo se divierte como cualquier otro joven de su edad. Maravillas ha comprado un estupendo aparato de radio y el muchacho se reúne en casa con otros jóvenes para escuchar varios programas, sobre todo los musicales. También hay tiempo para salir con los amigos. Con las bicicletas salen de Javalí; les gusta ir a las verbenas que se organizan en las fiestas patronales de los pueblos vecinos. De esta forma llega a conocer a Ana María, la joven que se convertirá en su esposa y madre de sus dos hijos. Esa tarde van a Rincón de Seca, donde se celebran las fiestas en honor a San Joaquín y Santa Ana, después de la recolección del melocotón. Él está con unos amigos en un bar y, mientras la procesión va pasando, una joven despierta su atención. Es morena, con unos preciosos ojos verdes, va vestida toda de negro y lleva una niña de unos cuatro años de la mano, mientras alumbrá con una vela en la fila. Miguel siente algo especial al verla y, al acabar la procesión, se acerca y pueden hablar. Así conoce su nombre y dónde vive; en la cercana Era Alta.

Al despedirse, Miguel tiene muy claro que volverá a verla. Al día siguiente, al terminar su trabajo, coge la bici y va en su busca. No sabe el lugar exacto, pero preguntando consigue llegar hasta la puerta de su casa. A pesar de todo, no consigue verla esa tarde. Pero lo vuelve a intentar al día siguiente y ese día sí que logra hablar con Anita; los dos se gustan y pronto se hacen novios. Esta es casi la única ilusión en la vida de la joven, que ha perdido a Carmen, su madre, recientemente y ahora cuida de su padre Francisco. Los momentos de alegría son escasos y, al poco tiempo, fallece también Francisco. Anita pasará todo el noviazgo vestida de luto. La ilusión de estar junto a Miguel hace que pueda sobrellevar tanta pena. Juntos esperan poder casarse y formar una familia.

Se casan el 11 de Diciembre de 1965; la novia entra vestida de blanco, tras mucho tiempo, en la iglesia del pueblo. Los padrinos son Jesús y Antonia, hermanos de Miguel. En los ojos de la novia se hace notar la enorme tristeza de no poder compartir uno de los días más importantes de su vida con sus padres, ausentes para siempre desde hace poco. Sale de la iglesia aferrada al brazo de su marido, con el que abrirá una nueva etapa de su vida con la esperanza de encontrar la alegría y felicidad que la abandonaron al mismo tiempo que sus padres. No importa que no haya banquete ni viaje de novios; están juntos y eso es lo que verdaderamente importa. Quieren ser padres muy pronto y, al año y una semana de haberse casado, el día 19 de diciembre de 1966, nace su primera hija, una preciosa niña a la que llaman Josefa, siguiendo la tradición de poner a la recién nacida el nombre de la abuela paterna.

La familia va cambiando; catorce días antes del nacimiento de la niña muere Salvadora, tía abuela de Miguel, que había deseado poder cuidar y mimar a la pequeña de la misma manera que lo hizo con él y sus hermanos. Años antes han fallecido Maravillas, su abuela, y María, hermana de ésta.

Tras una delicada cesárea sufrida por la madre, han de esperar un tiempo para volver a ser padres. El 19 de noviembre de 1970 nace su segundo hijo, al que llaman Ginés, como el abuelo paterno. Una segunda cesárea hace que los médicos aconsejen al matrimonio no tener más hijos, para no poner en peligro la vida de la madre.

La existencia de Miguel y Anita gira en torno a sus dos hijos. Él empieza a trabajar como contratado en la Diputación de Murcia, en tareas de mantenimiento y conservación de carreteras y, por la tarde, sigue encargándose de los trabajos agrícolas. Ella se queda en casa administrando los ingresos y cuidando con esmero a los dos niños. Acude con regularidad a hablar con los maestros. Ambos padres se encargan de ayudar a sus hijos en las tareas escolares, vigilan celosamente su salud, les inculcan hábitos de interés,

esfuerzo y valoración hacia los estudios. Las largas jornadas de trabajo no impiden que cada noche, tras hacer los deberes, Miguel cuente un cuento a sus hijos. Después les da un beso de buenas noches. Cuando la madre los despierte por la mañana, él ya estará trabajando. Volverá a verlos al día siguiente por la tarde. Entre el padre y la madre proporcionan una infancia feliz a los dos niños.

En 1977, una ley de la Función Pública favorece que Miguel pase a ser personal funcionario. Se presenta a las pruebas selectivas y obtiene una plaza en propiedad como peón en el Equipo de Bacheo de la Diputación Provincial. El sueldo no es muy alto, pero supone unos ingresos fijos que el matrimonio administra cuidadosamente; incluso pueden ahorrar una cantidad cada mes.

Pasan los años y la Diputación Provincial se convierte en Comunidad Autónoma de la Región de Murcia. Las condiciones de trabajo mejoran, también el sueldo y las posibilidades de promoción profesional. Los hijos crecen y el matrimonio formado por Miguel y Anita se desvive para dar a sus hijos las mejores oportunidades y les animan para que sigan los estudios elegidos por cada uno de ellos. Su objetivo principal como padres es ayudarles a hacerse adultos capaces de vivir por sí mismos de la forma más feliz posible. En ese momento de su vida, Miguel cuida al mismo tiempo de sus hijos y de sus padres. En 1990, tras cuarenta días de enfermedad, pierde a su madre a la edad de ochenta años; siempre estuvieron muy unidos; el parecido entre ellos no sólo era físico, sino también de carácter. A partir de ese momento se vuelca en su padre y en su hermano mayor, que vivían juntos; son ellos quienes sufren especialmente esta pérdida.

Los hijos se independizan, forman sus propias familias, empieza una nueva etapa llena de nuevas ilusiones. El nacimiento en 1992 del primer nieto, José Miguel, hace renacer la ilusión que sintieron con el nacimiento de sus propios hijos. Son abuelos relativamente jóvenes y, tras su jubilación

en 1998, Miguel ayuda a Anita en el cuidado del nieto. Juntos compartirán tiempo de juegos, paseos, de ida y vuelta al colegio y cuentos. Ejercer de abuelo le mantiene ocupado. También dedica bastante tiempo a Ginés, su padre, que mantiene una lucidez mental extraordinaria hasta el momento de su muerte, en marzo de 2001; juntos han pasado muchas tardes recordando circunstancias y acontecimientos pasados, muchas de ellas en presencia de José Miguel, su nieto mayor. Después nacerán tres nietas más: María en 1999, Lorena en 2001 y Lucía en 2006. La relación con los hijos y los nietos es muy buena, favorecida por la proximidad de sus domicilios; todos viven en la misma calle, de modo que pueden verse a diario.

Hoy, a sus 72 años, los achaques propios de la edad, que comienzan a ser numerosos, no impiden que cada mañana Miguel llegue junto a su esposa a casa de su hija, donde comienzan el día con un desayuno en familia, movidos por el afán de ver a sus nietos cada mañana; y así un día tras otro.

Con ilusión esperan ver crecer a sus nietos. Eso y sólo eso es lo que piden a la vida ■





# Esos ojos tan verdes y profundos

M<sup>a</sup> Dolores Gálvez Martínez

3º ESO



M<sup>a</sup> Dolores Gálvez Martínez | 3<sup>o</sup> de ESO

## Esos ojos tan verdes y profundos

**E**lla no se acuerda de su nombre. Tampoco del mío. No se acuerda de su familia. Tampoco de mí. No sabe cuál es su papel en esta historia. Pero yo sí lo sé, porque es de ella de quien escribo, porque son para ella estas palabras. Y porque la quiero más que a todo y a todos, le dedico su propia vida para que, en lo más profundo de su corazón, la guarde y tenga un regalo de mi parte, aunque no sepa quién soy, aunque no se acuerde ni de mi cara ni de mi nombre. Porque es por ella y para ella... Porque es por ti y para ti, abuela...

\*\*\*\*\*

Se sentó en su mecedora, como todos los días, aunque no lo supiese ni lo recordase siempre. Miró la armonía de colores que se proyectaba sobre el televisor, pero no sabía qué veía. Pero tampoco le importaba, pues no le prestaba atención.

El tiempo y los años le habían jugado una mala pasada y, sin embargo, no alcanzaba a comprender esa gran verdad.

Y seguía mirando la televisión, como haría ese día, y el siguiente y el siguiente mientras, en el fondo de su corazón, sabía que aquello que hacía no era lo normal. Pero le importaba aún menos porque estaba recordando, como pocas veces conseguía hacer a lo largo de aquella vida monótona.

Sí. Comenzaba a recordar poco a poco su vida y su cabeza empezó a iluminarse de aquel pasado lejano que volvía a hacerse presente en su memoria...

Nació en una pequeña y mísera casa, cerca del Puente del Río, en la Puebla de Soto. Pero no se sabe a ciencia cierta, porque su padre trabajaba todo el año transportando piedra desde Murcia a Madrid. Fuera como fuese y donde fuese, vino al mundo un 21 de diciembre del año 1921, pero ésa nunca fue su fecha de nacimiento legal. Sencillamente, para la humanidad no había nacido, no existía, porque no la inscribieron en el Registro Civil. Eso se hacía mayormente con los hombres y resulta que ella nació mujer.

La llamaron Carmen, Carmen Teruel Teruel. Era la segunda hija de Francisco Teruel y de su prima lejana y esposa Carmen Teruel. Su hermana Mercedes era la mayor. Pero no fueron las únicas, pues les siguieron, en pocos

  
**MINISTERIO DE TRABAJO**  
**INSTITUTO NACIONAL DE PREVISION**  
 DIRECCION DE SUBSIDIOS Y SEGUROS UNIFICADOS  
 Delegación provincial de .....

**DOCUMENTO DE IDENTIDAD** para la concesión de prestaciones de maternidad, con cargo a la **CAJA NACIONAL DE SUBSIDIOS FAMILIARES**, a la beneficiaria de la Ley de 18 de Junio de 1942, D.<sup>a</sup> Carmen Teruel Teruel, expediente número 604, apartado a), el que se extiende y entrega a la interesada por estar debidamente reconocido su derecho, a 26 de enero de 1952.

N.º S.º  
 El Director Provincial, El Jefe de Inspección,  
 

Tocólogo asignado D. Franco Sanchez Garcia  
 Domicilio..... Teléf.....  
 Comadrona asignada D.<sup>a</sup> Victoria Rubio  
 Domicilio..... Teléf.....  
 Tocólogo suplente D.....  
 Domicilio..... Teléf.....  
 Comadrona suplente D.<sup>a</sup>.....  
 Domicilio..... Teléf.....  
Sanguera Sca

años, dos hermanos, Francisco y M<sup>a</sup> Dolores. Creció y se crió cuidando de sus hermanos, trabajando en la huerta con sus padres y atendiendo las tareas del hogar. Aprendió a leer y a escribir gracias al cine, pues las películas, que no eran habladas, llevaban subtítulos y, a base de ir muchos días, aprendió a hacerlo. Nunca fue a la escuela, pero sabía bastantes cosas y era culta, lo máximo que podía llegar a ser.

Poseía gran belleza y desparpajo, astucia, ingenio y un carácter fuerte y desgarrado. Iba pisando fuerte por la vida. Su sinceridad alarmaba y su educación de hierro la llevaba por buen sendero. Sin embargo, las habladoras de la gente la asustaban y temía quedar mal delante de sus vecinos y que chismorrearan de ella. Aun así, ganó más amigos que enemigos, o eso creía al principio.

En su juventud los muchachos la admiraban y tuvo más de un desacuerdo con alguno de ellos. Dos alemanes, dos soldados que aterrizaron por estas latitudes durante las dos Guerras, la Civil y la Segunda Mundial, quisieron lo mismo que muchos de la vecindad. Pero tampoco lo consiguieron, pues tanto ella como su madre eran de armas tomar: su progenitora la había encerrado en una especie de refugio junto a su hermano –al que debían cuidar y proteger con entusiasmo porque era quien perpetuaría el apellido familiar– y a la vajilla buena. Por ello, lo que habían planeado los alemanes respecto a ella se desvaneció.

Pero tampoco fue la única anécdota protagonizada por ella, su hermano, su madre y la honra familiar por aquellos tiempos. Mientras lavaba en el río, un día cualquiera, cuidaba del pequeño. Entonces empezó a oírse cómo todos corrían y gritaban porque había amenazas de bomba. Su madre, que eso de la honra lo tenía bien aprendido, corrió despavorida hacia el río, cogió a su hijo y la dejó a ella lavando, a pesar de que tendría 15 ó 16 años. Carmen echó a correr detrás de ellos y llegó a su casa exhausta, con ganas de llorar por el abandono de su madre en esa situación, pero no se quejó... No debía quejarse...

Recordaba aquel día como si hubiera sido hacía dos segundos, y la garganta le tembló cuando pronunció tenuemente los nombres de su madre y de su hermano. Creía que estaban allí, cerca de ella y que le responderían tarde o temprano...

Y entre tanto, la vida seguía y ella creció mucho antes de lo esperado. Ahora, con 20 años, culta, sabiendo leer y escribir, aunque pobre, estaba dispuesta a formar su propia familia. Y lo consiguió con un buen muchacho, albañil de profesión, que tenía unos ojos verdes inquietantes y soñadores que miraban curiosos al mundo que los rodeaba, buscando conocer más y saber más...

Y esos ojos casi ninguno de sus descendientes los ha heredado. Tan verdes, tan profundos. Sólo sabía que alguien sí los tenía, alguien muy parecido a su querido y difunto esposo, pero no le vino nada a la memoria. Sin embargo, estaban muy cerca de ella, mirándola desde un oscuro rincón del salón...

Y se casó. Se casó con aquellos ojos que eran de Bartolomé Martínez, tan joven y hermoso como ella. Y luego llegaron los hijos, todos seguidos: a Catalina, la mayor, le pusieron ese nombre por la abuela paterna; Carmen, más conocida como Carmina, llamada como ella; Francisco, como el abuelo materno; Luis, como el abuelo paterno; Ángeles era desenfadada y loca; Bartolomé –Bartolín para la familia–, al que llamaron como su padre; Encarnación, demasiado moderna para su época; Ascensión, la modosa y pudorosa de la familia; Andrés, que murió muy pequeño; y, por último, M<sup>a</sup> Dolores, llamada como su bisabuela materna. La tradición de poner a los hijos los nombres de sus predecesores prosiguió una vez más en una nueva generación. Y se fueron a vivir a Sangonera la Seca.

Nada perdura, y la felicidad muchísimo menos. Por eso, cuando Bartolomé murió de un infarto al corazón, toda la vida de la familia se hundió. Desde aquel momento Carmen se convirtió en madre y padre a la vez, en

abuela y abuelo, en la cabeza de la familia. Se buscó la manera más práctica y sensata de sacar a su gente adelante. Al final lo consiguió. Sólo cuando murieron sus padres se trastornó un poco. Pero no le afectó tanto como creía. Había aprendido, con el paso del tiempo, a odiar a su madre...

La odiaba y la quería al mismo tiempo. Mientras sus hijos pasaban hambre, su madre no movió un dedo por ellos. No llegó a sorprenderle, pero sí a dolerle en el fondo de su ser. Cada día el respeto que sentía hacia su madre se volvía amargo. Pero era su madre, a fin de cuentas... La vida era tranquila y serena. La mayoría de sus hijos estaban casados y ya tenían algunos chiquillos revoltosos que la podían llamar abuela con alegría y dicha, cosa que sus hijos no habían podido experimentar. A menudo se sentía abandonada por sus hermanos y su familia política. Era así, pero no lo podía creer. ¿Cómo una mujer que gozaba de grandes amistades y popularidad estaba en esa situación? No lo supo nunca.

El barrio había cambiado. Las vecinas, al llegar la tarde, sacaban a los niños a la calle mientras ellas se apoltronaban en las sillas que acomodaban frente a sus portales, a la espera de entablar conversación con la de enfrente o la de al lado, para hablar sobre los acontecimientos ocurridos en el día. Para cotillear, básicamente. Y, aunque Carmen criticaba ese comportamiento, era ducha en el arte del chismorreo y, a veces, se reunía con las vecinas para tal ocupación. Se conocían todos y cada movimiento que se hacía en el pueblo era vigilado por los vecinos. Era como no tener intimidad propia y, de hecho, no se tenía. Lo que asustaba era eso, que todo el mundo se enterase de tus líos familiares.

Carmen trabajaba como una esclava para su familia. En Francia, de cocinera en el colegio... Daba igual. Lo importante es que tuvieran algo que llevarse a la boca. Después de los años que pasaron sin pena ni gloria, la marcha fúnebre que anunciaba los entierros comenzó a oírse cada vez más frecuentemente en el pueblo y la casa familiar era un velatorio



sin final. Porque murieron varios de golpe: el esposo de su hija Carmina y su querido hijo Francisco. La gente ya hablaba de la maldición de los Martinillos...

A menudo se decía que los Martinillos, como les llamaban en el pueblo, tenían algo malo por naturaleza. Cánceres, infartos y suicidios eran las palabras que no debían decirse cerca de ellos, porque en las últimas décadas no había habido muertes naturales entre sus integrantes.

También estaba la creencia de que todo hombre Martinillo o que se casara con una Martinilla, estaba condenado a dejar viuda a la esposa.

Y aunque no lo supiera, Carmen estaba enterrando a toda su familia...

El número de nietos y bisnietos crecía considerablemente con los años. Cuando su hija pequeña se casó, Carmen vendió la casa que su Bartolo había construido con sus propias manos y se fue a vivir a un piso en Alcantarilla. Pero su soledad no duró mucho, porque su hija fue a vivir con ella, trayendo consigo a una pequeña llamada M<sup>a</sup> Dolores. Con aquellas bellas muchachas y con su yerno empezaba una nueva vida.

Se jubiló y empezó a explorar el mundo junto a sus compañeros del IMSERSO, pero pronto comenzaron los despistes de la edad, o eso se creía. Llegaron más nietos a la casa: Sara y Francisco. Era una nueva etapa de felicidad potenciada por sus anteriores desgracias. Pero...

Ya no se acordaba de más. Se asustó durante un segundo y miró hacia el rincón. Allí estaban los ojos verdes que tanto le gustaban. Y siguió mirando a la figura nítida que también la observaba inquieta.

La miré. Miré la figura frágil de mi abuela, pero yo la recordaba como antes. Desde mi posición en el sillón del fondo del comedor, intentaba visualizarla antes de que todo pasara. Porque si ella no se acordaba, yo sí... Tengo bastante memoria. Me parezco mucho en eso a mi abuelo Bartolo. En eso y en los ojos...

Tenía Alzheimer. Empezaba a ponerse agresiva y eso asustaba a sus nietos, en especial a Loles y a la pequeña M<sup>a</sup> Dolores. Y volvió a empezar la ola de desgracias. Aunque ella no se haya dado cuenta, en estos ocho años han muerto dos de sus hijos, un nieto y sus hermanas. Todo lo que ella entendía por familia se ha ido desvaneciendo poco a poco. La familia entera está desvaneciéndose.

A medida que van pasando los días, comienzas a ver las cosas de otra manera, pues convivir ocho años con esta enfermedad resulta agotador. Lo peor es que ella ni se inmuta. La entereza con la que su hija pequeña y la familia de ésta –sus hijos y marido– afrontaron esa situación hizo que cambiaran muchas cosas en la vida de Carmen.

Si ella no se entera, los que la rodeamos sí, porque la queremos y sufrimos por ella. Porque vive en un sinvivir, en un mundo de recuerdos lejanos y no puede disfrutar de lo que le rodea ahora. Y, sin embargo, sé que se acuerda de nosotros y que, desde el corazón, nos habla y nos dice cómo se encuentra, aunque no hagamos nada por escucharla.

Ahora vive feliz, o eso parece, con su hija, sus cuatro nietos, su yerno y el perro que a cada minuto la acompañan y cuidan. Y ahora, con 86 años, podría afirmar que su vida no ha sido un camino de rosas ni de facilidades. Lo haría si pudiera.

Ahí está, con sus dos fechas de nacimiento, la legal y la verdadera; con sus manos y facciones arrugadas y marcadas; con sus palabras sin sentido dichas espontáneamente en el silencio; con sus alucinaciones y delirios diarios; con su malhumor y todo lo que le rodea... Ahora es cuando Carmen comienza una nueva etapa de su vida, sin olvidar el pasado pero sí el presente y esperando el futuro para olvidarlo también pronto...

Entonces Carmen la miró y pronunció el nombre que llevaba toda la tarde en su cabeza: mi M<sup>a</sup> Dolores...

Dejé de mirarla y, casi llorando, cerré mi libro de notas. Esperaba que me dijera algo, aunque me llamara con otro nombre, como siempre hacía, pero en ese instante me llamó por el mío. Corrí hacia ella y le di un beso en la mejilla. Creo que se dio cuenta de que era yo, pero sólo mostró una sonrisa fugaz y volvió a hablar consigo misma, como hacía siempre.

Daba igual. Feliz, llegué a mi habitación, donde el ordenador se mostraba impaciente porque yo escribiera la biografía de mi abuela.

Tomé una decisión drástica esa misma tarde, mientras escribía: si mi abuela no se acordaba ni de ella ni de mí, yo se lo recordaría cada día, aunque muriera antes que ella...

Y comencé a relatar su historia, que se respiraba todavía en el ambiente de la casa.

Porque esta historia es por ella y para ella... ■

# Un amor de ultramarinos

Sara Molina Laveda

1º Bach.



Sara Molina Laveda | 1º de Bachillerato

## Un amor de ultramarinos

**R**ecordar toda mi vida..., difícil tarea si tengo en cuenta las primaveras que ya cuento, en concreto setenta y nueve. Pero hay recuerdos que no se olvidan, por muchos años que intenten enterrarlos...

Ni yo tengo claro qué día nací, no por memoria, sino por las varias versiones ya que, por una parte, mis tías y mi madre afirmaban que mi vida empezó el día 10 de octubre y mi identidad que el día trece. En ambos casos el año 1929. No tiene mayor importancia, porque esto no cambiará mi historia...

–¡Mamá, mamá! –gritaba con entusiasmo una mañana de mayo, cuando la primavera se acercaba, el sol salía y el mundo parecía estar vivo–. ¿Podemos ir a la plaza a pasear María y yo? preguntaba ingenuamente, ya que había olvidado mis labores en casa.

–Carmen, no saldréis hasta que hayáis hecho todas vuestras obligaciones– contestó mi madre.

Mi hermana y yo, como cada día, ayudamos a mi madre en las tareas de casa. Pero ésta no es una casa normal, es especial; nuevos inquilinos nos visitan cada día, personas con su propia historia, gentes de distintos lugares, siempre diferentes. Lo equivalente a un hotel actual. Pensar en eso me fascinaba. Hicimos nuestro deber y mi madre nos dio su permiso para ir a la plaza, donde estaríamos sentadas en el banco que hay junto al quiosco y donde nos encontraríamos con Juana y Pepita.

Juana soñaba con ser mayor, poder salir del pueblo, ver mundo y compararlo con lo que ella conocía; pero yo no pensaba así. A mí me gusta donde vivo, todos nos conocemos, cuando hablamos de alguien lo identificamos como "el hijo de", "la prima de"... Todos somos una gran familia.

Habíamos dado una vuelta las cuatro amigas, cuando se nos acercaron Pedro y Juan, a los que gritamos que se fueran y nos dejaran solas. Yo ya tenía la vista puesta en un muchacho, en Alfredo, el primo de Pepita. Pero por aquel entonces no eran tan fáciles las historias amorosas y estaba mal visto que una muchacha se acercara a un muchacho. Él se tenía que fijar en mí;



si no, yo no podía ni acercarme. Charlamos un rato. María y yo volvíamos a casa. Ayudamos a hacer la comida y seguimos con nuestras historias. Lo normal en unas niñas de dieciséis años. Pasaban las horas como avanza el río. Todo sucedía rápidamente. Sin darme cuenta, ya tenía dieciocho años. Era casi una mujer.

Mi tío Benedicto era de los familiares más estrechamente ligados a nuestra familia. Era como un segundo padre para mí. Insistió en pagarme los estudios, y de hecho lo intentó, aunque no con muy buen final. A mí me gustaba estudiar y me consideraba afortunada por poder hacerlo. Me gustaba la geografía y la ortografía, pero mi mayor pasión eran los números.

Asistí al colegio de monjas de La Milagrosa durante dos escasos meses, ya que mi tío desistió de la promesa de financiarme la carrera. No obstante, me dio la oportunidad de trabajar en su tienda, donde conocí a mucha gente, porque era una de las pocas tiendas del pueblo. La llamaban tienda de ultramarinos, pero yo no considero que la lejía sea un ultramarino. Ahí se encontraba todo lo "encontrable", era una tienda con confianza, con clientes fijos, con los clientes de toda la vida. De hecho, en esta tienda fue cuando empecé a conocer de alguna manera a Alfredo, el muchacho que desde la primera mirada me conquistó, por el que yo vivía, cosa que yo guardaba en secreto. Era uno de nuestros clientes fijos. Todos los días venía a comprar dos barras de pan. Yo le cobraba. Él nunca se fijaba en mí.

Pasaron dos años y dejé de trabajar en la tienda del tío Benedicto, para dedicarme por completo a mi casa y a la de los huéspedes, que así me gustaba llamarla. Llegaba el verano y con él las fiestas del pueblo, en las que las amigas íbamos a la verbena a bailar. Juana, que decía que nunca se iba a enamorar y que soñaba con vivir sola, sin lugar fijo y sin tiempo, sin problemas ni remordimientos, se enamoró esa primera noche de fiestas. Un ciezano la cortejó y, después de unos días, ya no era la misma.



No entendí nunca por qué nuestra relación se debilitó, pero yo fui feliz pensando que ella también lo era, y que estaría con Pedro, el muchacho del que estaba totalmente enamorada. Mi amiga Pepita insistía en que me acercara a Alfredo, su primo, y me contaba cosas acerca de él. Pero a mí me daba vergüenza; una muchacha no podía hacer eso. No estaba bien. Ella quería que me acercara a él, pero no tenía ni idea de que yo ya me había fijado en otro que era mi amor secreto.

Una mañana de agosto fuimos a la orilla del río María, Pepita y yo, y allí se encontraba Alfredo, tan bien como siempre. Me decepcioné cuando, ese día, el mejor amigo de mi amado se me declaró hasta tal punto que, arrodillado, me pidió que lo quisiera, pero yo no podía aceptar, mi corazón ya estaba ocupado. A Alfredo pareció no importarle que su amigo se me declarara. Siempre con esa actitud indiferente. Pensé que él y yo nunca podríamos estar juntos y decidí olvidarlo. Mis amigas se dieron cuenta de que mi humor y mi alegría habían decaído, que yo no era la de antes, que algo había cambiado. Fue cuando decidí contarles lo que mi alma sentía. Decidieron animarme, sacarme a pasear, al cine y, más tarde, a bailar. Parecía que todo mejoraba.

Pasé el invierno felizmente con mis amigas, con mi familia, ayudando en la casa de huéspedes, pasándome alguna vez por la tienda del tío Benedicto, hasta que el año 1950 llegaba a su fin. Mis amigas y yo salimos, no muy lejos y tampoco muy tarde, a celebrar la entrada de un nuevo año, pero la sorpresa más grande e inesperada sería para mí...

Pepita ya sabía algo, me dijo que la esperara en el banco de la iglesia, porque hacía frío y quería coger una chaqueta. Esperé duramente unos diez minutos, hasta que mi preocupación me hizo ir a buscarla a su casa. Pero aquella noche yo no llegaría a ella. Alfredo vino corriendo detrás de mí, intentando que no me fuera, excusándose con que mi amiga sólo había ido a por una chaqueta. Yo estaba extrañada y no pensaba que esto iba a suce-

der, pero nos sentamos en el banco y él se declaró. Dijo que se había fijado en mí desde hacía mucho tiempo, años, y que nunca había tenido el valor suficiente para confesarlo. Él se ofrecía voluntario en su casa para comprar el pan y así poder verme, él era quien decía a sus amigos que fueran al río para encontrarse conmigo, iba a la verbena para poder mirarme. Yo estaba sorprendida, estaba flotando...

Se lo conté a mis amigas a la mañana siguiente y a éstas les pareció bien, así que estuve hablando con Alfredo, conociéndonos hasta marzo cuando, definitivamente, empezamos a salir juntos; también entonces, por fin, me besó por primera vez, dándome aquel beso que yo había soñado tantas noches. Era el hombre de mi vida, lo supe desde el primer momento en que lo vi. Nos casamos el día 3 de mayo, a mis veinticinco años, en un maravilloso día. Yo lucía mi vestido negro de boda, que había confeccionado y cosido mi hermana María; tenía una mantilla de tres puntas y un escote de pico. Sólo la gente adinerada del momento se atrevía a vestir de blanco el día de su boda. A las siete de la mañana, Alfredo vino a recogerme a casa de mis padres. Recuerdo lo primero que dijo, que no se caracterizó por su romanticismo precisamente. Él nunca había sido muy romántico, pero sí fue el mejor marido.

—¿Todavía no te has peinado?— Fue lo primero que pasó por la cabeza de Alfredo y lo primero que salió de su boca. Preferí tomármelo a broma. Me reí y nos fuimos hacia la iglesia. Ya éramos marido y mujer, esposo y esposa, para siempre estaríamos juntos. Seguimos nuestro viaje hacia la felicidad con otro viaje hacia Alicante, donde Alfredo, hombre de negocios ante todo, decidió que hiciéramos una parada para visitar a un socio de una tienda de alfombras. No me importó. Yo estaba junto a él. Cuando volvimos a Blanca todo me parecía diferente. Todo lo veía desde un punto de vista que no era el de antes. Pronto nació mi primera hija, Lola; más tarde la segunda, María Cruz; después Alfredo y, por último, Antonio.

Dicen que el tiempo pasa rápido cuando eres feliz y estás a gusto con tu vida y tu situación. Yo lo puedo corroborar ya que, para mí, estos años fueron fugaces. Siguieron pasando los años y ya, además de madre, fui abuela. Puedo decir que estoy conforme con mi vida, con mis recuerdos, con todo. Si aquella Nochevieja Alfredo no hubiera dado el primer paso, no sé qué hubiera pasado y dónde estaría yo hoy en día.

Finalmente, puedo decir que mi cuento de hadas tuvo un principio, pero yo creo y espero que nunca tenga un final... ■

## En aquel entonces...

Virginia Puche Noguera

1º Bach.



Virginia Puche Noguera | 1º de Bachillerato

## En aquel entonces...

Llegaba la primavera del año 1928 con el mes de abril, justamente el día 13, en el que mi bisabuela, María Ortigas García, siendo ya madre de una niña llamada Anita, que sólo tenía veinticuatro meses, dio a luz en Alcantarilla, municipio perteneciente a Murcia, a Antonio Noguera Ortigas, mi abuelo. Dos años más tarde, la familia Noguera aumentaría el número de componentes en uno más, porque les nació una nueva hermana a mi abuelo y a su hermana Anita; la niña se llamó María.

Por aquel entonces las condiciones de vida para esta familia no eran muy satisfactorias, al igual que para cualquier otra familia humilde de la época, ya que en aquellos tiempos el trabajo no abundaba, lo que motivaba que cada día se hiciese más cuesta arriba poder mantener a una familia, sobre todo cuando ésta era numerosa.

Pasó el tiempo y, con la llegada del año 1936, mi abuelo Antonio, junto con los suyos, tuvieron que marchar en busca de trabajo a Librilla, un pequeño municipio de Murcia en el que mi bisabuelo Antonio, padre de mi abuelo, había encontrado un empleo como carpintero. Pero lo que esta familia no podía imaginar era la llegada de un hecho triste que marcaría sus vidas: la Guerra Civil.

Este triste evento inesperado, como ya he dicho anteriormente, condicionó las vidas de todos, pero sobre todo las de mi abuelo y mi bisabuelo porque, por un lado, mi bisabuelo Antonio tuvo que marchar a la guerra, concreta-

mente al frente de Madrid y, por otro, mi abuelo fue desde aquel momento, con tan sólo ocho años, el encargado de sacar adelante al grupo familiar.

Desde la partida de mi bisabuelo a la guerra, mi abuelo tuvo que comenzar a trabajar para poder mantener a su madre y hermanas. Su primer trabajo con esta edad fue como hilador en una fábrica de hacer esparteñas; su faena consistía en coser diariamente unos doce pares de esparteñas para conseguir 15 pesetas de salario. Cada día era más difícil poder llevar una vida sin muchas dificultades, porque el tiempo histórico en el que nos encontrábamos no lo permitía y, además, a todo esto había que añadir el sinvivir de todos por saber cuál sería el estado de mi bisabuelo en la guerra. Pasaron los años y esto traería consigo el que mi bisabuelo, en el frente de Madrid, se convirtiese en la persona de más edad que estaba participando en la guerra; al mismo tiempo, mi abuelo fue ascendido a encargado de la fábrica.



El año 1939 trajo un gran alivio para todos los Noguera y fue el regreso de mi bisabuelo de la guerra, coincidiendo con su final. Toda la vida de la familia fue transcurriendo con normalidad hasta la llegada del trágico año 1941, en el cual ocurrieron dos sucesos que marcarían el destino de todos: por un lado mi abuelo, debido al cierre de la fábrica en la que llevaba trabajando ya cinco años, se vio sin fuente de ingresos durante una temporada, lo que resultó muy algo negativo para la familia, ya que supuso una fuerte disminución de los ingresos. Por otro lado, en el mes de febrero de este mismo año se produjo la muerte por causas desconocidas de Anita, la hermana mayor de mi abuelo. Por todo ello, la familia se vio hundida y sin saber qué hacer. Con el paso del tiempo se fueron recuperando del gran hueco que había dejado en sus vidas la muerte de Anita y, además, mi abuelo Antonio encontró trabajo como pastor, lo que supuso una mejora económica para los Noguera.

En las fiestas de Librilla, durante la Semana Santa, mientras que mi abuelo veía con sus amigos las procesiones, conoció a una joven de Alcantarilla llamada Ana María, con la cual comenzaría a salir pocas semanas después de su primer encuentro. Todas las tardes Antonio bajaba en bicicleta de Librilla a Alcantarilla para visitar a su novia, pero una de las veces en que iba para Alcantarilla y no tenía la bicicleta en condiciones para utilizarla tuvo que bajar a pie; su sorpresa fue grande cuando, al ir andando por la carretera, un camión pasó por su lado a muy poca velocidad y decidió montarse detrás junto a la mercancía que portaba; cuando el camión llegó a Alcantarilla, mi abuelo saltó de él y puso rumbo hacia la casa de la que luego sería mi abuela. Cuando mi abuela lo vio llegar comenzó a reír y mi abuelo le preguntó de que se reía, a lo que ella contestó que era porque iba todo pintado de color amarillo; mi abuelo no se lo podía creer, pero recapacitó sobre por dónde había pasado para acabar de ese color y recordó que el camión en el que se había montado llevaba una carga de azafrán.



Antonio y Ana María continuaron de novios hasta la llegada del año 1953, en el que se produjo su enlace matrimonial y tras el que se trasladaron a vivir a Alcantarilla. En 1954 se dio el nacimiento de su primer hijo, mi tío Antonio; también por aquel año el trabajo comenzó a escasear en España, lo que supuso un gran aumento de la emigración de los españoles a otros países como Francia y Alemania en busca de trabajo para ganar un jornal. Esta crisis también perjudicó a mi abuelo que perdió su empleo en la fábrica de la pólvora de Alcantarilla. Hubo una inesperada reducción de personal que motivó su despido. Pasado un tiempo, Antonio y sus antiguos compañeros de trabajo, cansados de ir de oficio en oficio sin obtener resultado alguno, tuvieron que tomar una decisión radical y emigraron a Francia, donde les habían propuesto contratarlos en una empresa denominada L'Avenir.

En marzo de 1958 partió mi abuelo desde la estación de trenes de Murcia hacia Francia, con la expectativa de haber encontrado un trabajo estable con el que poder mantener a su familia. Lo que más duro resultó fue dejar a sus familiares y marchar lejos de su tierra por un largo periodo de tiempo; en cada momento del viaje mi abuelo recordaba momentos de su vida que nunca podría olvidar aunque estuviese lejos de los suyos. Resultó ser un viaje muy duro, pero pronto todo cambió porque la mañana del 23 de abril, mientras el sol lucía con todo su esplendor, Antonio y sus amigos alcanzaron la tierra prometida.

Al llegar a Lyon (Francia) se les presentó el primer problema: la empresa les proporcionaba las viviendas, pero la sorpresa fue mayúscula cuando les dijeron que dichas viviendas corrían por su cuenta. Todo se solucionó cuando, al cabo de pocos días, alquilaron una casa en la ciudad misma y pudieron comenzar así su nuevo trabajo como albañiles. Cada día que pasaba se les planteaban nuevas complicaciones y a todo esto se añadía además la dificultad del idioma. Así pasó un año y, aunque lentamente, todo comenzaba a funcionar; mi abuelo ya se había comprado una casa

en Francia para poder vivir solo y así reunir el dinero suficiente para traer consigo a su familia; a todo esto se sumaba que fue ascendido al puesto de encargado y, más importante todavía, que llegaba el periodo de vacaciones en el que mi abuelo iba a tener la oportunidad de ver a los suyos, a los que no había visto desde hacía más de un año.

El 15 de agosto de 1959, mi abuelo Antonio Noguera llegaba a su tierra para poder encontrarse con su familia y darle una gran noticia: ¡había conseguido reunir el dinero necesario para llevarlos a todos a Francia! Este acontecimiento fue acogido con gran expectación y entusiasmo por todos sus familiares; hacía apenas poco más de un año que no se veían, pero parecía que había transcurrido un siglo. Antonio se había pasado noches enteras en vela pensando en ese día en el que lograría volver a encontrarse con los suyos. Pasado el periodo de vacaciones en España mi abuelo, mi abuela Ana María Pérez y su hijo viajaron juntos a Francia. Al llegar allí todo fue nuevo para mi tío y mi abuela: los horarios, las costumbres, el idioma y el modo de vida. Con el tiempo empezaron a conocer gente y a salir con amigos franceses, por lo que pronto se habituaron al estilo de vida del país vecino.

En noviembre de 1959 mi abuela tuvo su segundo hijo, Diego Noguera. Este niño llegó en un periodo de alegría para la familia, ya que la economía comenzaba a ser buena en la casa gracias al gran esfuerzo realizado por mi abuelo. A finales de ese mismo mes, el hijo pequeño de mis abuelos, Antonio Noguera, comenzó a ir al colegio. Fue algo completamente nuevo para él encontrarse con niños de su misma edad que hablaban, según él contaba, "de una manera muy extraña". Cada día los Noguera contactaban por teléfono y a veces por correo con su familia de España, pero lo más preocupante fue la llegada de una carta procedente de España en la que les decían que el padre de mi abuela Ana María, que trabajaba de acomodador en el cine Iniesta de Alcantarilla, había perdido su trabajo. Mis abuelos, de inmediato, contactaron por teléfono con su familia de España y, por suerte,

todo quedó en un pequeño susto. De haber sido cierto, hubiese sido motivo de gran preocupación, pues el padre de mi abuela tenía a su cargo una familia de cinco miembros.

En junio de 1961 nació el tercero de los hijos de mi abuela, José Noguera; en esas fechas mis abuelos estaban a punto de marchar a España con motivo de las vacaciones. Al mes siguiente mis abuelos y tíos pusieron rumbo a España con motivo del periodo vacacional que le habían concedido a Antonio Noguera. Al llegar a la patria ocurrió un hecho muy triste para ellos, pues la abuela de mi abuela Ana María, es decir mi tatarabuela Antonia Pastor, había fallecido. Después de la temporada de descanso regresaron al otro lado de los Pirineos con mal sabor de boca por no haber podido estar con la familia en esos momentos tan difíciles, por encontrarse tan lejos de Murcia.

Con la llegada a Francia comienzan de nuevo los problemas, pues la empresa quiere empezar a reducir plantilla y eso incluye también a los encargados. A la mañana siguiente de haberse enterado de la noticia, se convocó a todos los trabajadores para comunicarles las personas que serían despedidas y explicar los motivos de todo. Lamentablemente, mi abuelo estaba entre esos elegidos y lo peor no era eso, sino que él tenía que seguir alimentando a su familia. Pocas semanas después mi abuelo recibió una carta procedente de la empresa L'Avenir, comunicándole que todo había sido un error, que él no se encontraba entre los despedidos y que, para compensar los daños causados, se le adjuntaba una cierta cantidad de dinero.

A la mañana siguiente todo siguió con normalidad, mi abuelo tenía trabajo, mi abuela llevaba a sus hijos al colegio, etc. Se acercaba el periodo de Navidad y mis tíos estaban muy ilusionados por una noticia que le habían dado a mi abuelo en el trabajo: la empresa iba a dar regalos a todos los niños de los trabajadores en una cena de Navidad. Y así fue, pues la noche del 25 de diciembre, en una gran fiesta organizada por la empresa, cada niño hijo de obrero tuvo un regalo muy especial.

El día 1 de enero llegó con gran entusiasmo para todos, ya que se sabía que pronto mis tíos iban a tener un nuevo hermano con el que poder jugar y al que poder cuidar. Esta vez mis abuelos deseaban que su nuevo bebé fuera una niña. Y así fue, porque una buena mañana de julio de 1962 llegó a este mundo el cuarto retoño de mis abuelos y esta vez sería una preciosa niña a la que llamaron María Ana Noguera. Lo triste era que este nacimiento no lo podían celebrar con los familiares que estaban en España, ya que este año mi abuelo no pudo tener las tan esperadas vacaciones. Fue un duro golpe para ellos. Pero a los pocos días del nacimiento de su hija María Ana comenzaron a llegarles noticias esperanzadoras de su país.

Pasaron los años; ya estaban en 1974 y cada día era mayor la nostalgia de la familia Noguera a causa de los familiares que aún quedaban en España. Los niños habían crecido y lo único que deseaban era volver a ver a la que era su familia verdadera. A mis abuelos sólo les preocupaba una cosa: ¿cuándo llegaría el día en que podrían regresar a España de nuevo? Ésta era la pregunta que día tras día se hacían, porque mi abuelo Antonio llevaba sin vacaciones desde aquel entonces, ya que estaban pasando una época de mucha demanda constructora en Lyon.

A los pocos meses, de nuevo se volvió a repetir la historia; mi abuela se quedó otra vez en estado de buena esperanza y éste fue su quinto hijo. Al día siguiente de enterarse de la buena noticia, mis abuelos pasaron la noche en vela pensando en cómo harían para volver a España y quedarse allí para siempre. Al final tuvieron que tomar una decisión drástica, volver a su tierra y buscar trabajo allí para establecerse como en los viejos tiempos. A la semana siguiente recibieron una carta de la hermana de mi abuela, Antonia, contándoles que su marido había conseguido trabajo para mi abuelo Antonio, con la única condición de que tenía que empezar en una semana. Todo fue muy rápido pues, en cinco días, el país que había acogido a mi abuelo durante mucho tiempo quedaba atrás con todos los buenos y los malos

recuerdos; regresaban a España para poder estar de nuevo con los suyos y, debido a ello, el que sería el nuevo hijo de mis abuelos nació en suelo patrio.

El 6 de mayo de 1974 fue el día más alegre en las vidas de los componentes de la familia Noguera; todo se había cumplido, habían vuelto a España y habían recuperado a la familia, con la que sólo habían mantenido relación por teléfono o por carta. En cuanto al trabajo de mi abuelo Antonio no existió ningún problema, ya que pocos días después del regreso se incorporó como agricultor en el campo de Librilla para plantar patatas y otras variedades de hortalizas. Pero la mejor noticia llegó el 20 de diciembre de 1974 con el nacimiento de Juan Pedro, el que sería quinto y último hijo de mis abuelos.

Durante los años siguientes se dieron muchos cambios; mi abuelo dejó el empleo de agricultor para montar unos criaderos de pollos en el mismo campo de Librilla. Poco a poco los fue sacando adelante con su trabajo y su esfuerzo diario, hasta que mis tíos tuvieron unos años más y pudieron incorporarse todos al negocio familiar aportando su ayuda. Por otra parte, todos los hijos de mi abuelo comenzaron a casarse con sus respectivas parejas; Antonio se casó con Paqui en 1981; después Diego se comprometió con su novia Ginesa; más tarde sería mi madre, María Ana, la que se desposó con mi padre, José; poco después vino el matrimonio de mi tío Rogelio con Josefa y por último Pedro, que lo hizo con María del Carmen.

La familia fue aumentando con la llegada de todos los nietos que tanto mis padres como mis tíos iban proporcionando año tras año a mis abuelos, cosa que era motivo de gran alegría para ellos. En 1985 nació su primer nieto, Antonio David y, con posterioridad, mi abuelo llegó a tener seis nietos más, llamados Natalia, José, Laura, Daniel, Eduardo y yo.

Ya en 1999, mi abuelo se jubiló y dejó el negocio de criador de pollos a todos sus hijos. Hoy en día mis tíos ya no trabajan en aquellos criaderos, sino que cada uno ha ido buscando un oficio diferente al que había desempeñado durante años. Mi abuelo, por su parte, continúa viviendo feliz junto a mi abuela Ana María en su pueblo, Librilla ■

# Lucha, trabajo y final feliz

Mayte Maldonado Muñoz

4º ESO



Mayte Maldonado Muñoz | 4º de ESO

# Lucha, trabajo y final feliz

## 1. Una infancia muy movida

**R**odrigo Muñoz Pérez, hijo de Rodrigo Muñoz y Dolores Pérez, nació el año 1939, el 23 de julio, justo al término de la Guerra Civil española, con la victoria de Franco que se proclamaba Caudillo de España.

Aquí, en Murcia, la guerra había terminado el 29 de abril del mismo año. Su padre no pudo participar en ella, ya que lo declararon no apto para el servicio por tener una enfermedad que se lo impedía. Al nacer no tenía ningún hermano más, él iba a ser el mayor. Nació en casa de sus padres, que se encontraba en la calle Tropel, número 34, en Alcantarilla.

Su padre era pastor y se dedicaba a guardar el ganado durante todo el día, siempre que hubiera trabajo; si no era así, debía esperar a que alguien le ofreciera alguno. Su madre se dedicaba a sus labores de ama de casa.

Como es lógico, el trabajo –y además intermitente– de una sola persona, su padre, no daba mucho dinero para vivir. La casa que habitaban tenía una sola habitación y un patio. La cocina y el comedor eran todo uno y había una única cama para dormir los tres juntos. No había luz ni agua corriente. La comida la hacían con leña y el agua se calentaba del mismo modo para poder ducharse, cosa que hacían en el patio, incluso en invierno. La comida tampoco era fácil conseguirla; el poco dinero que ganaban no era suficiente y menos mal que el Ayuntamiento regalaba



unos vales con los que podías recoger una ración para comer, aunque tampoco daba para mucho.

Debido al trabajo de su padre y a la falta de dinero, se vieron obligados a mudarse a un pueblo de Lérida. Rodrigo sólo tenía seis meses. Uno de los jefes de su padre, el que le había encontrado ese trabajo, les dejó una casa donde poder vivir allí. Era más grande que la de Alcantarilla y tenía agua corriente. El padre se iba temprano por la mañana a trabajar, yendo al matadero a matar corderos y, además, se dedicaba a pastorear un rebaño, en el que llevaba más de dos mil cabezas, con dos perros como ayuda. Mientras



tanto su madre se quedaba en casa y el niño se iba con dos chicas que vivían cerca de allí. Las muchachas eran mayores que él; una tenía quince años y la otra nueve. La casa de esas chicas era una auténtica mansión comparada con la suya.

Después de tres años decidieron volver a Alcantarilla durante un corto periodo, para que su madre pudiera dar a luz en su casa a su segundo hijo, Pepe, que nació el 12 de febrero de 1942. Después del nacimiento regresaron a Lérida a seguir con su vida normal. Pero un día, estando en la calle, Rodrigo se perdió; todo el mundo lo buscaba y entonces su padre cogió a su perra y le dio a oler un baby de Rodrigo; la perra echó a correr siguiendo el rastro. Al cabo de un rato el pueblo vio aparecer al animal con Rodrigo enganchado por la camiseta; al llegar, todos aplaudieron contentos.

Dos años después, cuando Rodrigo tenía cinco años, sus padres decidieron volver para que fuera al colegio en Alcantarilla. Habían pasado cuatro años y medio en Lérida. Seguían viviendo en la misma casa. El niño fue a varios colegios, todos de paga y mixtos; a don Francisco Egea, a don Claudio y a don José Orenes. Por aquel entonces no había E.G.B.

La primera vez que fue al colegio, el profesor le dijo a su padre que no volvieran a llevarlo hasta que no aprendiera a hablar castellano. Cosa normal, pues el niño había estado conviviendo con dos muchachas catalanas y gente de un pueblo que sólo hablaba catalán y, cuando vino, el castellano no lo dominaba precisamente.

Posteriormente, el día 14 de agosto de 1945 nació su segundo hermano, Paco, también en su misma casa. Cuando Rodrigo tenía siete años le diagnosticaron una enfermedad conocida como albúmina, a consecuencia de la que la sangre se vuelve agua. En ese tiempo este mal se contraía por comer gran cantidad de limones, al no haber otra cosa. Era una enfermedad que afectaba principalmente al riñón y el médico le aconsejó que comiera cosas sin sal, como acelgas cocidas y otras cosas por el estilo.

Cuando Rodrigo tenía siete años recibió su primera comunión, después de cuatro o seis meses de catequesis. Fue vestido con un pantalón corto azul marino y una camisa blanca de seda. Ese mismo año lo sacaron de la escuela para que fuera a guardar ganado igual que su padre y así aportar dinero a la familia. Por este motivo iba al colegio por las noches. Era un trabajo y una forma de vida muy cansada para un niño, tanto que un día se quedó durmiendo y el ganado se volvió solo al establo.

No tenía tiempo ni para jugar. Las fiestas tampoco eran grandes celebraciones; no podían hacerlas, ya que no había ni siquiera comida que llevarse a la boca; la fiesta se tenía cada vez que conseguías algo bueno para tener que comer. Normalmente, todas las comidas se basaban en arroz, patatas cocidas, hervidos y cosas así. Las únicas fiestas que podían disfrutar un poco eran las de Semana Santa, ya que salían unos pocos pasos y pasaban justo por delante de su calle, cosa que aún siguen haciendo.

Se solían juntar con su familia cuando podían. Rodrigo no llegó a conocer a dos de sus abuelos y los otros murieron cuando tenía uno y tres años respectivamente. Al cumplir nueve años se mudaron al campo, enfrente de aviación y después, ya con diez, empezó a trabajar en la fábrica de Galindo, aunque anteriormente ya había estado trabajando en otra, haciendo envases para las frutas y verduras. La industria del pueblo se basaba toda en eso: fábricas de conservas y fábricas de madera y esparto.

Los horarios de trabajo se hacían por turnos de mañana y de noche, de siete de la mañana a siete de la tarde y de siete de la tarde a siete de la mañana de nuevo. Tenían entre medias una hora para comer. Algunas veces descansaban los domingos, aunque otras debían trabajar incluso en festivo. Sus hermanos también empezaron a trabajar desde muy jóvenes, aunque la edad legal para poder hacerlo era los dieciséis años, como ayudantes. Los tres hermanos se llevaban bien y no tenían que castigarlos, aunque tampoco había tiempo para hacerlo.

## 2. Una juventud con trabajo y amor

Durante su juventud, Rodrigo pudo librarse de la mili por tener los pies planos; entonces te pagaban por hacerla 50 céntimos al día, lo que no era mucho. Al empezar a trabajar ganaba sólo 3 pesetas diarias. Después, en la fábrica, empezó ganando 65 pesetas y después 125 trabajando a destajo; cuanto más hacías, más te pagaban. Cumplidos los veinte años, el día 23 de abril tuvo que sufrir una operación de hernia, mal que arrastraba desde los seis días después nacer. Tuvo que dejar de trabajar y su padre debió afrontar los gastos él solo.

Por esa misma época empezó a salir con la que luego fue su mujer, Teresa Guirao Guirao. Los dos vivían en el mismo barrio, el barrio de Vistabella. Se veían desde que tenían 14 y 8 años, pero no tenían ninguna amistad. Ella estaba trabajando en una fábrica de conservas, la de Cobarro y, cuando no trabajaba, cosía. A los padres de Teresa les parecía que el chico era demasiado mayor y, en cuanto a los padres de él, simplemente no decían nada.

Estuvieron de novios 6 años, aunque con un periodo de seis meses de tiempo muerto por una discusión. Durante el noviazgo, él le hacía pequeños regalos con lo que podía, un paraguas, una mantelería, medias y cosillas así. Después de esos seis años de noviazgo se casaron. Rodrigo tuvo que trabajar mañana y tarde, de un sitio a otro, para poder pagar la boda.

Al llegar el día de la boda, el 1 de septiembre, todo el mundo, como es normal, se arregló; la novia se vistió, se peinó y se maquilló para la ocasión y, mientras tanto, la modista tuvo que salir a la calle a decirle a Rodrigo que se metiera a vestirse y dejara de jugar al fútbol, porque la novia ya estaba arreglada. La boda fue a las siete de la tarde, en la iglesia de Campoamor. Después se fueron a celebrar el convite a un bajo y, al terminar la celebración, no se les ocurrió otra cosa a los recién casados que cambiarse de ropa y ponerse a saltar a la comba en mitad de la calle.

Como todos los recién casados, se fueron de viaje de novios. El periplo duró 22 días. Fueron a Barcelona, Lérida y Madrid. El viaje hasta Barcelona lo hicieron en tren y duró 19 horas. En Barcelona se quedaron once días en casa de unos tíos de Teresa. En Lérida fueron huéspedes de una tía de Rodrigo, su tía Antonia, durante tres días. Por último, en Madrid estuvieron ocho días en casa de su tío Francisco.

Al volver del viaje de novios se fueron a vivir a casa de los padres de Rodrigo; bueno, en realidad, vivían más bien aquí y allá. Durante el día comían y cenaban en casa de los padres de Teresa, Bartolo y María y, por la noche, dormían en casa de los padres de Rodrigo. Los suegros de Rodrigo les ayudaron mucho, ya que vivían en su casa sin pagar luz ni agua. Pocos meses después Rodrigo empezó a construir su casa, el 16 de febrero de 1966, de la que ya nunca se mudaron. Le ayudaron su hermano Paco y su padre, en la medida que podían los dos. La casa tardó en hacerse ocho meses, trabajando tan sólo los fines de semana y los festivos.

### **3. Llegan los hijos y una nueva vida**

Ese mismo año, en 1966, el día 27 de mayo, nació el primer hijo de Rodrigo y Teresa; le pusieron Rodrigo como su padre y su abuelo. Al nacer el niño, Teresa dejó de trabajar en la fábrica de conserva. Rodrigo, por su parte, seguía trabajando en la fábrica de Galindo, en la que siguió hasta los 28 años, cuando lo despidieron debido a una reducción de plantilla.

Por fin terminaron la casa y se mudaron a ella, pero su hijo Rodrigo siguió viviendo con sus abuelos maternos, ya que no quería irse a la casa nueva. Un año después, en 1967, Rodrigo empezó a estudiar en la Escuela de San Jerónimo para ser electricista. Iba por la mañana a trabajar y por la tarde a estudiar. Después de ocho meses salió con el título de electricista. Se puso a trabajar en este oficio, y en él estuvo trece años y medio trabajando en la fábrica de Anjora.

Cuando su hijo tenía 3 años, Rodrigo tuvo un accidente de moto, al chocar de frente con otra cuando venía de trabajar; era una moto de 49 c.c. Estuvo ingresado en el hospital 8 ó 10 días y le dieron unos cuantos puntos alrededor del ojo. Dos años después, en 1970, el 3 de octubre, nace su segunda hija, Dolores, nombre que le pusieron por su abuela paterna. Fue muy emocionante para su padre, ya que él no tenía ninguna hermana. Nació ya en la nueva casa que su padre había construido. Él seguía trabajando como electricista. Además, al nacer su hija, Rodrigo realizó un curso de socorrismo y, un día, estando en la playa con su familia, sacó del agua a un hombre que se estaba ahogando y lo salvó.

Dos años después compró su primer coche; era el año 1972. Teresa estaba embarazada de su tercer hijo y los otros dos tenían cinco y un año, respectivamente. El coche era de segunda mano, un Seat 850 rojo. Gracias a él ya podían ir más a menudo de viaje; iban a Barcelona, Madrid y los fines de semana se acercaban al Valle de la Fuensanta, a Calasparra, a la Santa de Totana y en verano a la playa. Por esas fechas, en agosto, nació su tercer hijo, Bartolomé, nombre que le pusieron por su abuelo materno. Rodrigo le regaló a su mujer, por el nacimiento de su hijo, una pulsera de oro.

#### **4. Los niños se hacen grandes**

Pasaron tres años y, en 1973, hizo la comunión el hijo mayor del matrimonio, Rodrigo. Iba vestido con un pantalón blanco y una chaqueta azul marino con unos zapatos blancos. Después de la comunión, la celebración fue en el patio de la casa de sus abuelos maternos, donde había vivido toda su vida. Ya estando en 1975, ocurre un hecho que marcará un antes y un después en la historia de España: Franco murió el 20 de noviembre. Este hecho no cambió mucho la vida de las familias de Alcantarilla, o al menos la de Rodrigo porque, como dice él, el trabajador trabaja igual mande quien mande.

Pasados dos años comulga su segunda hija, Loli, en 1977, en la iglesia de Campoamor. Llevaba un vestido beige y la celebración se hizo en el bajo de unos amigos. Posteriormente, en 1978, hace la comunión su hijo pequeño, Bartolo. Comulgó en la misma iglesia en que lo habían hecho sus hermanos y se habían casado sus padres. Pero un año después, en 1979, la familia se llevó un gran golpe. El 25 de septiembre murió el abuelo Rodrigo con 73 años, a causa de un cáncer de laringe.

En 1980, Rodrigo seguía trabajando de electricista; de vez en cuando, cuando le salía alguna chapucilla en una casa, sus hijos se iban con él y le ayudaban. Rodrigo les daba una paga de 20 duros que, aunque parezca poco, daba para mucho. Se podían comprar una entrada para el cine, unas palomitas e incluso un pastel de carne.

La familia pasó dos años tranquilos, hasta que, en 1982, Rodrigo tuvo que irse a Mazarrón como pescador, ya que cerraron la empresa de Anjora donde había estado trabajando hasta entonces. Vivía de lunes a viernes en el barco, en el que dormía, comía y pasaba toda la jornada. Dentro de sus funciones en el mar estaba el pescar, cómo no, pero además hacía de timonel y, otra cosa muy importante para toda la gente del barco, de cocinero. Al volver a tierra vendían lo que habían sacado y, según fuera más o menos, así les pagaban.

Un día se enteraron de un accidente que hubo, en el que se ahogó un hombre conocido suyo porque el mar, como cualquier otro oficio, también tiene sus peligros. Siempre estaba fuera; incluso llegó a estar todo un mes pescando en Garrucha, mientras su familia seguía en Alcantarilla e iba en autobús a verlo los fines de semana; otras veces era él el que viajaba.

Pero en 1984, para tranquilidad de todos, la abuela Dolores murió con 73 años, el 24 de agosto, a consecuencia de la edad, no por ningún tipo de enfermedad. Años después Rodrigo volvió de Mazarrón y se dedicó a la venta de pescado. Al poco tiempo lo volvieron a llamar para trabajar como

técnico en la empresa de electricidad Brocal. Allí estuvo hasta que tuvo que irse al paro, ya que en esa empresa estaba con contrato temporal.

## **5. Cada oveja con su pareja**

En 1989 la familia se llevó una gran alegría, pues el hijo mayor, Rodrigo, se casó. Un año después lo haría su segunda hija, Loli. Rodrigo, su padre, la llevó orgullosamente hasta el altar. Corriendo el año 1992, Rodrigo se fue a trabajar de conserje a Murcia; por ese entonces tenía ya 53 años y no le apetecía buscar otro empleo como electricista. Tuvo que esperar hasta el año 2000 para que, por fin, se casara su tercer y último hijo.

## **6. Después de mucho, mucho trabajo, llega la calma**

En 2001 detectaron a Rodrigo líquido en la rodilla; se lo extrajeron pero, desde entonces, esa rodilla le ha venido acarreado problemas. Aun así, estuvo trabajando durante mucho tiempo y muy a gusto como conserje hasta que en 2004 se jubiló. Fue una fecha muy importante para él y para toda su familia. Después de toda una vida trabajando y desviviéndose por su familia, por fin podría descansar y disfrutar. Celebraron una gran comida y le regalaron un reloj de bolsillo de oro grabado, como el que tenía su padre, y un teléfono móvil.

Desde entonces él y su mujer no paran, salen por las noches, se van de viaje; en fin, que se lo pasan muy bien. Ahora Rodrigo vive para eso, para disfrutar aunque, aparte de ello, debe seguir trabajando al servicio de todos y cada uno de sus nietos que lo quieren y adoran con locura... ■





# Mi abuelo, un gran ejemplo

Juan Cortés Vicente

3º ESO



Juan Cortés Vicente | 3º de ESO

## Mi abuelo, un gran ejemplo

**A**ntonio Vicente Muñoz, mi abuelo materno, nació el 22 de junio de 1934, en una casa en pleno centro de la huerta, en la pedanía murciana de La Arboleja. Era hijo de Ángeles y Fernando que tenían otro hijo mayor, que se llamaba también Fernando. Su padre falleció a los pocos meses de nacer mi abuelo.

La infancia de Fernando fue algo difícil, porque coincidió con la guerra civil española y, por aquel entonces, se pasaban muchas calamidades. A pesar de todo eso, desde pequeño fue a un colegio que había cerca de su casa, en medio del Paseo del Malecón. Más tarde fue trasladado a otro colegio, en el barrio de San Antolín, en Murcia.

A los quince años tuvo que dejar los estudios para ponerse a trabajar como aprendiz de sastre, que era el oficio de su madre, para ayudar económicamente a su familia. Volvió a retomar sus estudios, por la noche, en la Plaza de Romea. Era muy buen estudiante, pero su madre no tenía dinero para pagarle una carrera por lo cual, años más tarde, empezó a trabajar en un taller de sastrería.

En 1953, cuando tenía 18 años, conoció a una chica muy "maja" de Beniaján, que se llamaba Josefa y se enamoró perdidamente de ella. Josefa tenía un hermano y una hermana mayores que ella y los tres eran huérfanos de padre de madre. Cuando eran novios, Fernando iba a visitarla en bicicleta, porque en aquellos años no había otra cosa. Pocos meses después

de conocer a Josefa, se marchó a hacer el servicio militar, la "mili", que era obligatorio. Pasó el campamento en Valencia y luego lo trasladaron a Cartagena. Allí hizo muchos amigos y aún conserva muy buenos recuerdos de aquella época.

Su oficio de sastre le sirvió para arreglar los trajes a los altos mandos y beneficiarse de algún que otro permiso extra. Sus regresos a casa eran una auténtica odisea, ya que iba en bicicleta con otros compañeros, de Cartagena a Murcia. Para subir lo que hoy es el Puerto de la Cadena, que antes era una pobre carretera, algunas veces tenían la suerte de que un amigo suyo tenía un camioncillo y en la parte trasera enganchaban las bicicletas para subir la montaña más rápido y, cuando llegaban a lo más alto, se soltaban y bajaban solos.

Cuando mi abuelo llegaba a lo que ahora es el Plano de San Francisco, al lado del Malecón, su perro, que se llamaba Cantinflas, olía su llegada y corría por todo el paseo, un kilómetro y medio de distancia, para recibirle.



Terminada la "mili", se puso a trabajar de nuevo en el taller de sastrería, en el que ganaba menos de doscientas pesetas al mes.

En noviembre de 1957 se casó con su novia Josefa. La boda fue de lo más sencilla, porque no había dinero ni para sacar una foto de aquel feliz día. Como no tenían casa propia se quedaron a vivir con la madre de mi abuelo.

Un año más tarde tuvieron a su primer hijo, que se llamó Antonio y en 1961 nació su hija (mi madre), a la que llamaron M<sup>a</sup> Ángeles. Por aquel entonces alquilaron un piso en la Plaza de Romea, donde vivirían y trabajarían en su propio taller de sastrería. Fueron años muy difíciles, porque lo que ganaban no les llegaba para pagar el alquiler y comer. Pasaron muchas penurias y entonces tuvieron que tomar una decisión: o emigrar o pasar hambre.

En el año 1962, le hicieron un contrato de trabajo y se marchó él solo a Pommeroeul (Bélgica), a trabajar en unas minas de carbón. Fue un cambio radical ya que, de tener una aguja en la mano, pasó a tener un pico. En ese contrato iba incluida la vivienda y, cuando mi abuelo empapeló las paredes y compró algunos muebles, mi abuela y sus dos hijos pequeños se reunieron con él.

Fernando iba a trabajar en bicicleta. En invierno, muchas veces con nieve, bajaba en un ascensor a casi mil metros de profundidad en pocos minutos y allí recorría unos túneles, por los que, a veces, tenía que pasar arrodillado. Perdió mucho peso porque el trabajo era duro. Más tarde se quedó un puesto vacante para empujar las vagonetas llenas de carbón y él lo ocupó.

Después hizo un cursillo de electricista, allí mismo, lo que le sirvió para dejar las vagonetas y trabajar de mantenimiento, puesto que también era peligroso porque se tenía que recorrer todas las galerías. Mi abuelo vivió dos derrumbes y salió herido de ambos. En uno se rompió la pierna y en el otro le tuvieron que amputar la mitad del dedo gordo del pie. Los accidentes eran algo muy habitual; en ellos murieron varios de sus amigos.

A pesar de ganar algo más de dinero que en España, la vida en Bélgica también era difícil para ellos. Tuvieron que aprender como pudieron el idioma. Los vecinos eran también extranjeros: había italianos, turcos y griegos. Mi abuelo se llevaba muy bien con todos sus vecinos. Cuando pudo, se compró una moto Honda para no ir más a trabajar en bicicleta.

Para entonces cambiaron de domicilio, quedándose en el mismo pueblo pero en otra zona, donde nacieron sus tres últimos hijos, que se llamarían Fernando, Juan José e Isabel. Con motivo del nacimiento de los dos últimos hijos, y para ayudar a mi abuela, la madre de mi abuelo viajó hasta Bélgica y, unos años más tarde, fue mi abuelo el que viajó a España, dejando a mi abuela y a sus hijos solos en Bélgica, porque su madre murió tras una larga enfermedad.

Después, mi abuelo se sacó el permiso de conducir y se compró un coche, con el que viajaron todos a España de vacaciones. Mi abuelo recuerda esas vacaciones con cariño, ya que se volvió a encontrar con sus amigos, con los que jugaba partidas de dominó y de caliche en el Paseo del Malecón.

Llevaba a sus hijos a la playa de La Puntica, en el Mar Menor, ya que ellos nunca habían visto el mar. Ese mismo plan se repitió durante varios años. Después de esas primeras vacaciones se fueron a vivir a otro pueblo que se llamaba Hensies, en el que residieron durante cinco o seis años.

En 1972, la empresa donde trabajaba cerró proponiendo que el obrero que llevase diez años trabajando y tuviera alguna enfermedad se podía jubilar y, como mi abuelo tenía una otitis y una úlcera duodenal, le concedieron el retiro. Pasaron tres años más, hasta 1975, antes de que decidieran regresar a su tierra. Estuvieron en Bélgica 13 años, desde 1962 hasta 1975. En España vivían en la casa que le dejó su madre al morir y, aunque se vino con una buena jubilación, teniendo cinco hijos en edad escolar se podían hacer pocos milagros. Pasaron los años y sus cinco hijos se casaron.

Todo transcurría felizmente hasta que, en 1993, le diagnosticaron un linfoma y tuvieron que aplicarle radioterapia y quimioterapia. Ya superado ese bache, a consecuencia de la radioterapia tuvieron que ponerle una prótesis en la cadera izquierda. Después de esa operación, siguieron tres más por el mismo problema y otra de prótesis de rodilla.

A pesar de todos esos momentos difíciles, mi abuelo se encuentra bien; puede conducir y le gusta salir a bailar con mi abuela. Tiene nueve nietos; le hubiera gustado poder regresar de vacaciones a Bélgica, pero sus operaciones se lo han impedido, aunque mantiene contacto con amigos que viven allí.

El 4 de noviembre de 2007, celebraron sus Bodas de Oro rodeados de su familia. Aunque esta boda no se celebró por la Iglesia, ¡de ésta sí tienen foto! ■